

“Por qué perdimos la guerra”

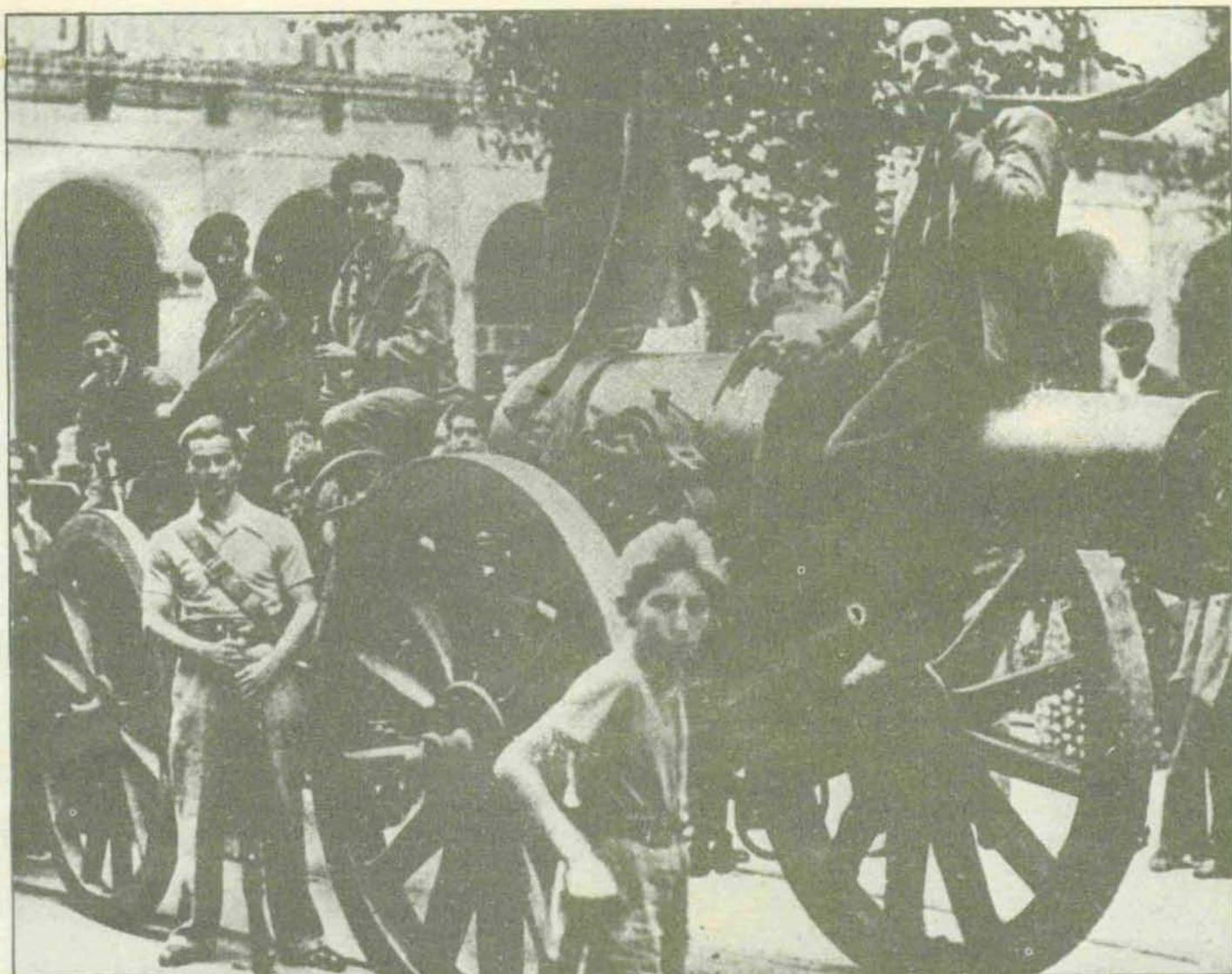
Eduardo Haro Ibars

SOBRA la objetividad al criticar un trabajo hecho a partir de una hipótesis sentimental, como es «Por qué perdimos la guerra». En esta película de Diego Santillán y Luis Galindo, se ha dejado de lado la supuesta objetividad del entomólogo de la sociedad humana, del sacerdote científico de la Historia que, bajo capa de imparcialidad, sirven para despistar y falsear la realidad. El hombre debe situarse ante el hombre y ante la historia en tanto que perteneciente a la primera categoría, sujeto de un devenir, parte de él; y asumir, en un trabajo creativo e informativo, sus opiniones y sus sentimientos, que resultarán siempre enriquecedores. Desde este subjetivismo se ha planteado «Por qué perdimos la guerra», desde ese partidismo veraz. Y desde ese mismo subjetivismo ha de plantearse cualquier reseña de la obra: es, ante todo, emocionante. Un estremecedor relato de una historia que, a pesar de los treinta y tantos —casi cuarenta ya— años pasados desde su final, sigue pesando sobre nuestro país, no sólo de una manera metafórica, sino real y cotidiana; una historia que ha configurado el existir e incluso el carácter de quienes, como yo, no la hemos vivido.

«Por qué perdimos la guerra» es, desde luego, un documento; o, al menos, está elaborada a partir de documentos; pero éstos se encuentran matizados por la emoción, y destinados a despertar sentimientos encontrados y dispares en cualquier espectador desprovisto de anteojeras y de microscopios deformadores. Los documentos aquí empleados —a veces tratados con poco rigor, es cierto, o de una forma confusa— configuran un relato épico: cómo el pueblo español perdió, en la larga temporada que va del 18 de julio de 1936 al 1 de abril de 1939, una batalla más en su desarrollo histórico. Es la historia de un fracaso y de una desesperanza, impuestas a este pueblo, por un lado, por sus verdugos tradicionales: capital, ejérci-

to, iglesia; de otro, por una serie de manipuladores en este frío y siniestro juego de intereses que es la política internacional. España —y para nadie es eso ya un secreto— sirvió, en su guerra, como un campo de prueba ajedrecística para la contienda mundial que había de iniciarse poco después. Pero, a pesar de la utilización de documentos —películas y documentales de la época y entrevistas a personalidades que vivieron la tragedia— no es, sin embargo, un documental en el sentido más corriente de la palabra, sino más bien un collage creativo realizado a partir de materiales vivos.

Se recogen en ella muchas opiniones de hombres supervivientes a la contienda: Julián



La película es la historia de un fracaso y de una desesperanza, impuestas a este pueblo, por un lado, por sus verdugos tradicionales: Capital, Ejército, Iglesia; de otro, por una serie de manipuladores... (milicianos junto a la artillería nacionalista, cogida tras la batalla de Guadalajara).

Gorkín, Diego Abad de Santillán, Josep Tarradellas, Eduardo de Guzmán, el Campesino... Todos ellos, y alguno más, relatan su historia desde la triste óptica de quien se sabe a un tiempo vencido y traicionado. También se nos dan datos —éstos sí, totalmente objetivos, con frialdad horrible—, y cifras: por ejemplo, la cantidad de armas y efectivos de guerra que recibiera Franco de Hitler y Mussolini, y las que recibió la República de la Unión Soviética; y la enorme diferencia de precio que cada uno de los campos tuvo que pagar, con enorme ventaja para el sector franquista. Pero, sobre todo, se nos muestra la ceguera de una derecha republicana —en la que algún entrevistado, me parece que es Gorkín, incluye al Partido Comunista de España— incapaz de comprender entonces, igual que lo sería ahora si se dieran iguales o parecidas circunstancias, la necesidad de llevar a cabo una revolución paralela a la guerra, para conseguir ganar ésta; ceguera que trajo al campo republicano la

desunión interna, la traición y el enfrentamiento entre facciones distintas, propiciando la victoria de Franco. Sin embargo, no puede decirse que «Por qué perdimos la guerra» sea un panfleto antirrepublicano ni anticomunista, aunque abrace decididamente las tesis anarquistas sobre la guerra, tan contrarias e irreconciliables con las comunistas: en este sentido, se trata de un testimonio de personas concretas, basado en hechos concretos. Por lo visto, los concernidos por este testimonio no pueden —o, al menos, no lo han hecho hasta ahora— rebatir este testimonio con otro, estos hechos con otros.

Alguien ha dicho que la Historia es un informe de gendarmes. En este sentido, la película de Santillán y Galindo no es Historia, sino narración. Narración que —por fin, por una vez— está contada por los vencidos, por los que hasta el momento se habían visto reducidos al silencio. ■ E. H. I.